

## CAPÍTULO XIV

### LA CULTURA CALVINISTA Y EL REINADO MEDIADOR DE CRISTO

La cultura recibe su significado del significado de la historia. Si la historia es un ciclo sin significado en el que el hombre no trasciende las exigencias del tiempo y el espacio, entonces, también la cultura, se torna sin significado. Entonces, el hombre está sin esperanza en la banda sin fin llamada vida. El Cristianismo rechazó la teoría cíclica de la historia y la substituyó con el concepto lineal, con una consumación que hace significativas todas las cosas. Pero, desde el advenimiento del Existencialismo, la esperanza Cristiana ha perdido su poder propulsor y los hombres una vez más han sido reducidos a una vida de una sucesión inacabable de eventos que no tienen un significado básico que el hombre sea capaz de averiguar. El sin sentido de la vida se ha transformado en la nota dominante en la literatura y en la pintura moderna, lo mismo que en la filosofía de los Existencialistas. El Existencialismo acepta la visión mítica de la vida, la cual niega significado histórico a los hechos sino que coloca el énfasis sobre su carácter simbólico. En la historia todo es dinámico y cambiante, no hay verdad absoluta. Aún Dios está llegando a ser.<sup>1</sup>

El Cristianismo histórico, al cual se adhiere el Calvinismo, cree que Cristo permanece en el centro de la historia. Cristo da significado a todo el pasado puesto que es la preparación para su venida en la carne, y domina el futuro entero hasta el fin del tiempo, su segunda venida. De hecho, Cristo ha sido constituido Señor de la historia, puesto que se le ha consignado todo poder, y ha recibido un nombre por encima de todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, y toda lengua confiese que él es Señor para gloria del Padre (Mat. 28:18; Fil. 2:10, 11). Pues Cristo es ahora el soberano de los reyes de la tierra (Apoc. 1:5), y como tal dirige los destinos de las naciones, lo mismo que de los individuos, hasta la venida de su reino con poder y gran gloria. Pues el Padre ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo en todo (Efe. 1:22, 23).

Por lo tanto, la formulación *Cristo y Cultura*,<sup>2</sup> es no solamente legítima sino la

---

1. Cf. R. A. Killan, *La Teología Ontológica de Paul Tillich* (Kampen, 1956), p. 96ss.

única descripción apropiada del problema. Pues Cristo es el Señor de la historia, aquel en quien y a través de quien la cultura humana recibe su significado. Pues él es el misterio de Dios en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Col. 1:20). Sin Cristo, quien es el redentor del cosmos, la historia queda sin significado, pero Cristo quien es la Verdad ha venido para dar a conocer la voluntad del Padre. Esto incumbe no solamente la redención de los elegidos de Dios, aunque tal es el corazón del asunto en lo que al destino humano concierne, sino que el mensaje de Cristo fue cósmico en alcance. Él proveyó el significado de toda cultura humana al señalar al desenlace en juicio, al cual se dirigen todas las cosas y en el cual el Padre vindicará su justicia, amor y santidad. Si los Existencialistas, tanto filosófica como literariamente, han sido instrumentos al señalar el sin sentido de la existencia sin Dios, le han hecho al Cristianismo un servicio negativo. Aunque no se ha dado un verdadero diagnóstico del predicamento del hombre como estando alienado de Dios, y por tanto no hay ningún remedio disponible, no obstante el Existencialismo, hasta cierto punto, ha sentido la desesperanza y desesperación de la humanidad en su alineación de la fuente de su ser.

Según la Escritura, Cristo es rey no solo en su prerrogativa natural como el Logos eterno, co-igual con el Padre y el Espíritu, sino que ha sido ungido como rey Mediador en virtud de su obediencia y sacrificios rendidos en el Calvario (Sal. 2:6;

45:7; Isa. 9:6, 7; Lucas 1:22; Juan 18:36, 37, etc.). Mientras que el primer Adán cayó en pecado y desobediencia por medio de las argucias de Satanás, Cristo como el segundo Adán cumplió toda justicia y finalizó la obra que le había sido dada por el Padre (Mat. 3:1; 3:15; Juan 17:4). En su oficio como Mediador, Cristo es el Reconciliador del mundo, el primer principio (*archê*) y Logos de la historia, la *Clave de la Cultura*. Pues en él la verdad y la santidad, la majestad y gloria de Dios, son manifestadas en y para el mundo. Esto, según la Escritura, es el fin principal de la creación, a saber, manifestar la gloria y majestad de Dios. Y dado que el hombre original, Adán, cayó a este respecto, el segundo Adán vino para revelar al Padre, para rendir una obediencia perfecta.

Cristo es la cabeza espiritual sobre su pueblo, a quienes redime y santifica, para que ellos, por medio de su Espíritu le reconozcan voluntariamente como su Señor. Este es el reinado espiritual de Cristo el cual ejerce por reunir, gobernar, santificar y proteger a la iglesia, por la cual murió y de la cual él es la cabeza (Efe. 1:20-22; 5:23-33). Cristo como rey es el buen pastor, cuya voz las ovejas obedecen (Juan 10; I Pedro 2:25); su reino consiste de los miembros de la iglesia invisible quienes escuchan la verdad (Juan 18:37), de aquellos que están dispuestos a llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (II Cor. 10:5). El reino de nuestro Señor es más extenso que la iglesia como una organización visible, aunque la iglesia visible es una de las manifestaciones más importantes de ese reino en el mundo. Pero, en realidad, los ciudadanos del reino de Dios son también miembros de familias, de sociedades y naciones, y como tales deben mostrar su alianza al Rey. Este

---

2. Este es el título de dos significativos trabajos sobre el problema de la Cultura Cristiana, uno en Holandés por K. Schilder, el otro en Inglés por H. Richard Niebuhr. Cf. la bibliografía general.

reino es tanto presente como futuro. Aunque es una realidad presente, es eterno en carácter, pues su reino no tendrá fin (Isa. 9:7; Lucas 1:33). En Su segunda venida Cristo establecerá su reino en paz y justicia en los nuevos cielos y la nueva tierra, de manera que su consumación será visible y gloriosa (Lucas 22:12, 30; I Cor. 6:9; 15:50; II Tim. 4:18; II Pedro 1:11).

Cristo como rey es tanto Salvador como Señor; él restaura a los hombres al servicio a Dios y les demanda su alianza total. Como profeta proclamó la verdad de Dios, pero como rey sana la espantosa herida del pecado, pues él es el verdadero obrador de milagros. Por su poder no solo el alma y el cuerpo del hombre son sanados, salvados y restaurados, sino que también el universo entero un día será restaurado como un hábitat apto para la humanidad redimida. Este es el verdadero significado del milagro en la Escritura. Es una demostración del poder de Dios para liberar al hombre del poder de la maldad y del pecado, tanto física como cósmicamente. Y un día este reino corresponderá con el cuadro profético, “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isa. 11:9).

Puesto que Cristo restaura a los hombres a la verdad, él espera que sus súbditos sean testigos y contendores por la verdad. Esto no es asunto de predicar el Evangelio solo para abrir los ojos de los hombres para que se vuelvan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios (Hch. 26:18), sino que esto es asunto de batalla cultural. Pues la cultura no es meramente material, algo que tiene que ver con la naturaleza, las máquinas, las herramientas y los logros físi-

cos. La cultura es también una empresa espiritual; es una batalla en el ámbito de la verdad y en la esfera de los ideales. En la cultura Griega el ideal humanista halló expresión en el alcance total de la vida. De igual modo en el Renacimiento, un retorno a este ideal humanista produjo una negación de la concepción Cristiana de la moralidad y de la ley y exaltó una vez más la gloria del cuerpo, el amor por esta vida, y la gratificación de la carne. Pero en su misma raíz el Calvinismo sostiene que los hombres están aquí para la gloria de Dios. Si la fortaleza de la concepción Griega yace en su unidad y en su aplicación consistente, ¡cuánto más debe el Calvinismo, con su ideal más alto, producir una cosmovisión unificada y una cultura definitivamente comprometida con el servicio a su rey celestial!

Ahora, debiera ser claramente evidente que la “tarea de la cultura Cristiana es buscar la gloria de Dios en patrones de vida que estén en armonía con Su voluntad revelada.”<sup>3</sup> Esto es enseñado claramente por Pablo cuando advierte a los creyentes a no conformarse a este mundo (Rom. 12:2). La palabra Griega usada por Pablo es *schema*, que significa patrón, diseño, esquema. Los Cristianos no han de esquematizar sus vidas según los patrones culturales de este mundo. Su entendimiento de las relaciones sexuales no puede seguir el patrón establecido por Hollywood, su concepción y labores para hacer dinero no pueden estar esquematizadas según el brutal individualismo de un Capitalismo falto de escrúpulos. Y este patrón no yace tanto en el material que se usa o en el corte de

3. Edmund P. Clowney, “Transmitiendo la Cultura Cristiana,” en *El Hogar Cristiano y la Escuela Cristiana*, Nov., 1952, p. 18.

cabello de uno o en el traje sino en lo espiritual. Dios, el Señor, quien le ha consignado toda autoridad al Hijo, por medio de quien gobierna todas las cosas, ha dado dirección para nuestra vida en lo que respecta al amor y a nuestra vida económica, y para los aspectos jurídicos, sociales, biológicos y físicos de la existencia de cada día. Cristo, el legislador de Sión, señala la rigurosidad del séptimo mandamiento, sin hacer excepciones a la ley divina del matrimonio monógamo el cual es para vida, excepto en el caso de adulterio. La vida amorosa entre un hombre y una mujer es una actividad sagrada, porque involucra a la imagen de Dios y las leyes de Dios, pero Hollywood desprecia la ley de Dios y menosprecia la imagen sagrada al envilecer la vida amorosa por ganancia económica. ¿Puede uno alguna vez jugar a que ama en una cultura Calvinista? ¿No es la así llamada ley del arte, que el hombre puede reproducir cualquier cosa de la vida en la literatura, el drama, la pintura, etc., contraria a la ley de Dios con respecto al matrimonio? ¿Y qué del tercer mandamiento? Una vez más aquí el dictado del arte es que si es necesario reproducir un personaje blasfemo, puesto que la vida real produce tales personajes, podemos con impunidad jurar y tomar el nombre de Dios en vano sobre el escenario o al escribir una novela, puesto que es una exigencia del arte. Y de esta forma uno podría continuar. También el sagrado servicio de adoración es representado teatralmente, se pronuncia la bendición de Dios para efectos artísticos, y la ridiculización de las bodas es bastante común incluso entre los piadosos. Mi punto simplemente es, de si esto no es contrario al interdicto apostólico de no conformarnos a los patrones de este mundo.

Y hablando de bodas, aquí especialmente es visible la falta de una cultura Cristiana. Las trilladas bromas de circo que se dicen, para la edificación e hilarante respuesta de los invitados, sugieren una barata zarzuela cómica. Y las canciones de bodas cantadas por los solistas dan la impresión de que uno está en el mundo, pues la cultura del Renacimiento con su ideal del *das Eebig Weibliche* es dominante. Una de las canciones de boda favoritas es la traducción Inglesa de *Ich Liebe Dich*, en la que el amante promete su amor por el tiempo y la eternidad – “Te amo, por el tiempo y la eternidad.” Pero, inmediatamente después, el ministro lee la forma en la que se presenta la doctrina escritural del matrimonio y la pareja se promete amarse el uno al otro “hasta que la muerte nos separe.” Pues en la visión Cristiana de la vida, el amor humano es para esta vida; pero en la eternidad Dios será todo en todo, y la bendita unión con Cristo, quien es la luz de la nueva Jerusalén, no tolerará alguna bigamia en el alma – habiendo sido este cuerpo presente transformado y siendo nuestra existencia como la de los ángeles, en la que no hay matrimonio. Cuán similar a los Saduceos, que erraban grandemente, quienes no conocían ni las Escrituras ni el poder de Dios (Mat. 22:29).

Ahora, si el reinado de Cristo es real para el creyente, y si es verdad que el Cristiano participa en la unción de Cristo de manera que él como rey batalla contra el diablo y todas sus huestes en este mundo (P. 32, *Cat. Heid.*), debe haber alguna evidencia clara de que esta batalla está sucediendo. Restringir esta batalla al área del alma, al conflicto interno contra las artimañas del diablo, y a la mortificación del viejo

hombre, es una noción injustificada. Y además, afirmar que este conflicto entre los dos reinos llega a expresarse plenamente en el testimonio individual que Cristo demanda de aquellos que sean sus discípulos es una conclusión ilegítima. En la gran batalla espiritual las fuerzas de las tinieblas están organizadas contra el Señor y su ungido. Cualquier organización que afirme ser neutral, como lo hacen las escuelas públicas y algunos sindicatos, están por la misma razón negando las demandas de Cristo de señorío absoluto sobre todas las cosas. Como tales están sirviendo a la causa del anticristo. Negar esto es o ceguera deliberada o lamentable ignorancia de las estratagemas del diablo y de las afirmaciones de Cristo.

Puede ser bastante cierto que uno no puede distinguir la diferencia entre un carro o una casa construida por un obrero no-Cristiano y una producida por los confesores de Cristo, aunque ciertamente este es un asunto debatible si uno lo considera idealmente; pero la cultura total de un pueblo no está determinada por el número de carros que construyen, sino por la motivación espiritual y los ideales que gobiernan las vidas de los constructores y usuarios de vehículos. Está claro que un sindicato laboral no-Cristiano es totalmente humanista en sus metas e ideales, siendo su propósito simplemente mejorar las condiciones de trabajo para los hombres, pero, más que nada, obtener todo lo que se pueda y dar tan poco como sea posible. Tal es la mentalidad de los líderes de los sindicatos impíos, que han proliferado a tal extremo y cantidad que el editor de la revista *LIFE*, Luce, advierte a sus compañeros Americanos que a menos que tengan un cambio de mentalidad y busquen producir por causa de la

excelencia, América pronto perderá su lugar dominante en el mundo. Esta es la era de la “vagancia” en la que el trabajo es solo medio hecho y todos buscan más tiempo libre. Como resultado las tasas de salario monetario se han incrementado “casi dos veces más rápido que la productividad.”<sup>4</sup> *LIFE* más adelante cita a Daniel Bell de la revista *Fortuna*, quien halla que los trabajadores Americanos hoy están obsesionados por un deseo de evadir el trabajo, y sugiere que aunque los motivos Puritanos y Calvinistas para el trabajo duro han disminuido, el sentido común puede suplir razones casi tan fuertes (*Op. cit.*). ¡Pero este es precisamente el punto en discusión! Es el argumento de este libro que la apostasía religiosa y la decadencia de la energía espiritual resultará en decadencia y desmoralización cultural. Y la *búsqueda de la excelencia*, que está siendo propuesta como una meta complementaria a la búsqueda de la felicidad por el Reporte Rockefeller sobre Educación, y que es cordialmente secundada por el editor de *LIFE*, es una parodia más bien que un sustituto del *temor del Señor*, el cual conmovió a nuestros Puritanos y Peregrinos Calvinistas.

Si Cristo verdaderamente es rey, entonces sus súbditos deben afirmarle como su Señor, y reconocer aquel reinado, no solo en la iglesia y un día a la semana en su vida de devoción y en sus actos de adoración, sino en el campo de las relaciones de trabajo y en el trabajo de cada día. Por supuesto, esto no significa que un Cristiano no pueda trabajar para un no-Cristiano, como Pablo claramente enseña, pues si no,

---

4. “La Edad de la Vagancia o de la Abundancia,” *LIFE*, Julio, 1958, p. 24.

dice él, tendrías que salirte de este mundo (I Cor. 5:10). Pero trabajar para no-creyentes y con no-creyentes es algo bastante diferente de hacerse socios voluntariamente de una organización que ignora las afirmaciones de Cristo y establece ideales totalmente humanistas y humanitarios. Esto coloca al Cristiano en una desventaja distintiva, y su testimonio para Cristo es debilitado por el hecho de que es contado con los enemigos de la cruz de Cristo. En el Antiguo Testamento Dios advirtió en contra de esto cuando envió al profeta Jehú a Josafat diciendo, “Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (II Crón. 19:2). Pero Pablo da un precepto más específico cuando manda, en el nombre del Rey ascendido, “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?” (II Cor. 6:14, 15). El Dr. Warfield, aquel eminente teólogo y agudo apologista de la fe, interpreta esto como queriendo decir que no podemos aceptar el yugo del no-creyente en el sentido de estar unidos como con arneses a la misma filosofía impía. Pero no significa que si el no-creyente opera bajo nuestras presuposiciones y no pone objeción a nuestra interpretación de la realidad en la que se realiza el trabajo ordinario (proyectos culturales y cualquiera de las labores ordinarias del hombre bajo el sol), un Cristiano no pueda trabajar con o vivir con los hombres del mundo.<sup>5</sup> Es simplemente un asunto de no tener compañerismo con las obras infructuosas de las tinieblas en las que están involucrados los sindicatos impíos de

nuestro tiempo. Y por esto no quiero decir nada más la violencia y la profanación del Sabbath, sino la base de operación que niega al Cristo de Dios y sus demandas al servicio y amor de la humanidad.

En contra de esta interpretación se ha alegado que uno no puede simplemente citar literalmente la Escritura como si aquello fuese el fin del asunto. Se afirma que esta es una aproximación totalmente simplista. Y con el “*Dooddoener*” (golpe mortal) de que esto es biblicismo y fundamentalismo, la oposición de libra de una seria consideración de las demandas de Cristo. Pero si uno no puede citar a Pablo de esta manera, cuando el texto en cuestión está totalmente en línea con la *analogia Scripturae* (la enseñanza total de la Palabra de Dios), entonces ¿de qué utilidad es la Palabra como lámpara al camino de uno y como lámpara a nuestros pies? ¿Y qué del uso que nuestro Señor mismo hizo de las Escrituras cuando ahuyentó a Satanás con sus tres veces repetido, “Escrito está”? Es de temerse que este temor al Fundamentalismo va a afincarse en las Iglesias Reformadas en el campo Liberal donde es tabú leer la Biblia y hacer una aplicación literal. Sin embargo, es un fenómeno extraño que, en tanto que los liberales quieren usar la Biblia para sus sistemas éticos y sus ideales humanitarios, no puedan escaparse de leer las palabras de Jesús literalmente.

Una vez más, se dice que la idea del reinado de Cristo, tal y como es confesado por los Calvinistas, de que requiere una organización en el campo laboral, es una importación de los Países Bajos, y se presume que es una planta indígena que no crecerá en ninguna otra parte. Sin embargo, esto es asumir la verdad del punto antes de

---

5. B. B. Warfield, *Fe y Vida* (Londres, 1916), pp. 243-58.

la discusión. El argumento, en realidad, es que debido a un desarrollo histórico es posible en los Países Bajos tener partidos políticos y sindicatos que expresan ideologías basadas en principios Cristianos, pero dado que el desarrollo histórico de América ha sido diferente, excluyendo tales coloridos religiosos de los asuntos laborales y políticos, no podemos ahora introducirlos sin crear disonancia en nuestra cultura nacional. Ahora, ¡este es exactamente el punto en discusión! La introducción de principios Cristianos en el cuadro laboral producirá discordia y probablemente causará una crisis porque no hay verdadera neutralidad con respecto al Cristo de Dios. Los así llamados sindicatos neutrales están en contra de los principios bíblicos de verdad y justicia. La misma idea de que ninguna consideración religiosa es permisible en el establecimiento de un sindicato laboral o en la afiliación a tal organización es del anti-Cristo. La renuncia a cualquier otra alianza para ser fiel a los votos hechos a los demás miembros de la organización también señala a un compromiso religioso básico, lo cual niega las afirmaciones de Cristo. Pero esta es exactamente la predicción del Espíritu, hablando a través de Simeón, que el Redentor-Renovador de la cultura sería una señal que sería contradicha (Luc. 2:34). Y este repudio no viene meramente desde el lado de los eruditos Judíos modernos, quienes tratan de justificar el crimen de sus antepasados al crucificar al Señor de gloria sobre la base de que él era una amenaza a la cultura Judía.<sup>6</sup> Hay muchos entre los miembros nominales de la iglesia en nuestro día quienes, basándose en que

Cristo rehusó ser un repartidor de tierras, sostienen que él era o anti-cultural o culturalmente neutral. Sin embargo, nuestro Señor proclamó una cura para los males de una cultura materialista cuando afirmó que la vida de un hombre no consiste de la abundancia de las cosas que posee (Luc. 12:15). Tampoco el énfasis de Cristo en el reino de los cielos, que requiere amor a Dios y al prójimo, abstrae a la religión de la ética y de la vida social del hombre. Más bien él estableció el único fundamento duradero para una comunidad verdaderamente humana, una en la que el hombre es restaurado al servicio a Dios según la ordenanza cultural de la creación.

En este punto es instructivo e interesante consultar a T. S. Eliot, quien al menos le ha dado a este problema el beneficio de algunos pensamientos penetrantes para determinar los verdaderos motivos y sentimientos de uno. Para él la diferencia entre una sociedad pagana y una neutral es de menor importancia,<sup>7</sup> pero advierte que la concepción pagana de la vida está ganando rápidamente predominancia. Este es uno de los resultados del liberalismo religioso, que trata de alejarse de la religión y trata de establecer una cultura sin su fundamento apropiado, contribuyendo así al desarraigo de la civilización Occidental. “La noción liberal de que la religión era un asunto de creencia privada y de conducta en la vida privada, y de que no hay razón por la cual los Cristianos no sean capaces de acomodarse ellos mismos a cualquier mundo que les trate bien de manera natural, se está volviendo menos y menos sostenible.” (*Op. cit.*, pp. 19, 20). Eliot

6. H. R. Niebuhr, *Cristo y Cultura* (New York, 1951), p. 2, donde el autor cita la obra de Joseph Klausner, *Jesús de Nazareth*, a este efecto.

7. *La Idea de una Sociedad Cristiana* (New York, 1940), pp. 4, 5.

procede a señalar que un Cristiano que ignora el problema de llevar una vida Cristiana en una sociedad no-Cristiana está siendo progresivamente des-Cristianizado por toda clase de presiones inconscientes que operan sobre él a través de los medios masivos de comunicación de la cultura. Pero Eliot no está satisfecho con permanecer a la defensiva; él establecería una sociedad Cristiana en la que el ethos general del pueblo esté guiado por categorías Cristianas. “Debemos abandonar la noción de que el Cristiano debería estar contento con la libertad de cultura... No importa cuán intolerante pueda sonar el anuncio, el Cristiano no puede estar satisfecho con nada menos que una organización Cristiana de la sociedad... lo cual no es la misma cosa que una sociedad que consista exclusivamente de Cristianos devotos” (*Op. cit.*, p. 33). En tal sociedad la sociedad debe estar dirigida por una filosofía Cristiana de la vida y la democracia debe ser transformada por un contenido religioso. No es el entusiasmo sino el dogma lo que distingue al Cristianismo del paganismo. Según Eliot, la iglesia no puede mantenerse evangelizando al mundo sin cambiar su cultura. Es la responsabilidad de la iglesia el “batallar por una condición de la sociedad que de a los otros el máximo de oportunidades para volverse Cristianos” (*Op. cit.*, p. 97).

Aquí lo tenemos en resumidas cuentas. Eliot, quien tiene la larga tradición de la Iglesia de Inglaterra y su credo Calvinista, está pensando siguiendo las mismas líneas de los Calvinistas Holandeses quienes buscaron establecer las doctrinas de la Escritura como fueron interpretadas por Calvino y Agustín. Sin embargo, Eliot coloca el carro delante del caballo cuando dice que el

hombre recibe la gracia de Dios por la humildad, la caridad y la pureza. Y hay muchos otros aspectos de su pensamiento que este escritor no aprobaría, pues Eliot aún permanece en la tradición liberal con respecto a la importancia de la doctrina y el asunto de suscribirse a la fe ortodoxa.<sup>8</sup> Pero sobre la cuestión formal de la necesidad de una cultura Cristiana para que la fe Cristiana pueda sobrevivir y para que la civilización pueda sobrevivir uno no puede tener riña con él.

El confesar a Cristo como Salvador del pecado, pero negar su relevancia y poder en el ámbito de la cultura, es una negación de su reinado sobre el creyente y sobre el mundo. Pues en Cristo como el Dios-hombre, el milagro del hombre íntegramente sensato e ideal aparece en la historia de la humanidad. Y la promesa del Evangelio es que Cristo restaura a aquellos que participan de su unción, de manera que una vez más ellos se convierten en un reino de sacerdotes para su Dios. Así Cristo salva a la creación al restaurar inicialmente al agente cultural para una nueva obediencia. Pues el hombre es la corona de la creación, un poco menor que Dios, teniendo dominio sobre todas las obras de Dios (Sal. 8). Y como tal Cristo es el transformador de la cultura, como Schilder sostiene, pues él está creando aquí y ahora, en este presente mundo malo un reino de verdad. Ésta es aquella *civitas Dei*, de la que Agustín escribió. Por esto Calvino dio su medida plena de devoción al transformar Ginebra de un pozo de inmoralidad en un modelo de vida Cristiana, según testigos contemporáneos. Pues si el hombre, el productor de la cul-

8. Cf. J. Gresham Machen, *Cristianismo y Liberalismo* (Grand Rapids, 1946), Capítulo Uno.



tura, es un profeta, sacerdote y rey restaurado, entonces su cultura debe por necesidad ser renovada. Pues esta es la nueva obediencia a la cual Cristo llama a sus seguidores puesto que están en el mundo, aunque no son del mundo. Los creyentes, como criaturas restauradas, son llamados junto con el resto de la humanidad a ocuparse en la actividad cultural, en la que presentan todo su ser como un sacrificio vivo para Dios (Rom. 12:2). Por otro lado, a la iglesia como iglesia le es dado el mandato misionero; tal es su llamado como institución organizada reconociendo el reinado de Cristo.

Así pues, los Calvinistas bajo el reinado de Cristo poseen de manera confesional una visión global de la cultura como una tarea que lo abarca todo para traer todas las cosas a la obediencia de Cristo, puesto que Él ha dado la seguridad, “Todas las cosas son vuestras, y vosotros sois de Cristo y Cristo, de Dios” (I Cor. 3:22). Por tanto, Schilder está en lo correcto al sostener que el creyente no debe abordar el problema de la cultura sobre la base de que todavía tenemos mucho bien en común en el mundo a pesar del pecado más bien que desde la perspectiva de que Cristo como rey nos restaura a nuestra herencia original como criaturas culturales. Sin embargo, debido al pecado, la humanidad se halla ahora en una situación antitética en la que la unidad de la raza humana ha sido destruida. Y no debiese abusarse de la confesión de que Dios tiene una actitud de favor hacia todos los hombres, de manera que él restringe el pecado y les da, como criaturas culturales, la habilidad para hacer bien tanto moral como civil. Pues entonces los reclutas de Cristo pierden de vista la antítesis cultural creada por el poder restaurador

y regenerativo del Hijo de Dios a través del Espíritu.

Además, confesamos que Cristo es rey de los gobernadores de la tierra en su capacidad de Mediador. Él ahora tiene todo el poder en sus manos, y dirige los destinos de las naciones, y es aquel a través de quien el Padre gobierna todas las cosas. En otras palabras, el unigénito del Padre está ahora, hasta el final del tiempo y como recompensa por su obediencia, ejerciendo la prerrogativa divina de dirigir los asuntos de Dios, puesto que toda autoridad le ha sido dada en los cielos y en la tierra. Este poder ejercido promoviendo el crecimiento, purificación y perfeccionamiento final de la iglesia, la cual ha comprado con su propia sangre (Hch. 20:28). Él regirá sobre las naciones con vara de hierro (Sal. 2:9) y puede humillar a aquellos que andan con soberbia (Dan. 4:37). Él ejecutará venganza sobre aquellos que no conocen a Dios y que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús, “los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (II Tes. 1:8, 9).

Este reinado fue prometido como una recompensa por la obra de Cristo en este mundo y fue otorgado en la ascensión, cuando Cristo fue exaltado a la mano derecha de Dios. Pero llegará a su fin cuando el poder del diablo y sus obras hayan sido destruidas y la autoridad sea retornada al Padre, para que Dios sea todo en todos (I Cor. 15:24-28).

Ahora, este reinado sobre el mundo de los hombres y el mundo en general es tam-

bién de la más grande importancia indirectamente para la cultura. Pues sobre la base de su absoluta autoridad sobre todo el mundo Cristo manda a su iglesia a hacer discípulos de todas las naciones (Mat. 28:18). Sin embargo, una vez que un discípulo es hecho un Cristiano, su cultura debe desarrollarse sobre la base de la nueva evaluación de la vida y del mundo. Esto recibe una clara prueba histórica del poder del Evangelio en los primeros siglos de la era Cristiana y en la dominante cultura Cristiana en Europa Occidental durante la Edad Media. O puede uno señalar al resurgimiento de la cultura Cristiana debido a la Reforma Protestante, especialmente como ésta llegó a expresarse en los países donde el Calvinismo llegó a ser dominante.<sup>9</sup> Pues en la fe Cristiana el servicio a Dios se volvió el tono dominante de la cultura y el servicio al hombre en el ideal subsidiario. Emil Brunner, en su *Prefacio* a sus Conferencias Gifford, declara como su convicción, “que solamente el Cristianismo es capaz de proveer la base de una civilización que pueda ser descrita debidamente como humana.”<sup>10</sup> El fundamento para esta fe es la convicción Cristiana de que el hombre fue creado a imagen de Dios, y como tal, tenía un destino eterno. Esta alta consideración del hombre produjo lo que puede llamarse la civilización Cristiana de Occidente. En ella están envueltos ambos aspectos del reinado de Cristo. El hecho de que sus seguidores salieron, como se les dirigió, y predicaron el Evangelio por todo el mundo en lo que este era accesible a los emisarios de la cruz, y el

hecho que Cristo por su poder gobierna sobre los reyes de la tierra e hizo así posible el avance de la iglesia Cristiana – estas cosas juntas dan razón de la civilización Cristiana de Occidente.

Aparentemente aquel reinado ha sido eclipsado, y los hombres se han estado preguntando, “¿Qué está haciendo Dios en la tierra en estos días?” Sin embargo, la crisis en la civilización Occidental que resultó de la renuncia al Cristianismo en el Renacimiento, el Iluminismo, y la Revolución (1789), trajo la cosecha de un colectivismo inhumano, anárquico y despersonalizado. Esto está ahora conduciendo a la humanidad y moldeando la historia para el desenlace final cuando el rey destruirá a los adversarios con el aliento de su boca (II Tes. 2:8). Pues la predicación del Evangelio no producirá el reino de paz y justicia de manera imperceptible y gradual, sino por el contrario, la apostasía de los últimos tiempos será grande, y Cristo introducirá su reino de gloria con eventos catastróficos de proporciones cósmicas (Mat. 24:6-12, 21, 22; Luc. 18:8; 21:25-28; II Tim. 3:1-13; Apoc. 13; Heb. 12:26, 27; II Ped. 3:10-13).

Ahora, la gloria de la vida Cristiana es que el reinado de Cristo es confesado y sus preceptos son obedecidos voluntariamente por aquellos que han sido restaurados para con el Padre. Y, en todo el esfuerzo cultural de los reclutas de Cristo, se halla este reconocido propósito de insistir en que todas las cosas estén al servicio del Rey – buscar primero su reino y su justicia. El Cristiano que está en el mundo, sin embargo, no es de este mundo. Por lo tanto, no puede tener compañerismo con las obras infructuosas de las tinieblas, la lujuria de la carne y de los ojos, la vanagloria de la vida tal y como

---

9. Capítulos sobre Agustín, Calvino, Kuyper o cualquier tratamiento histórico sobre el Calvinismo tales como los de Dakin, McNeill, Praamsma.

10. *Cristianismo y Civilización* (New York, 1948), p. V.

se expresa en la literatura carnal, las películas libertinas, la fotografía pornográfica, las canciones y los espectáculos lujuriosos, los dramas blasfemos y la filosofía vana de la época. Además, el reinado de Cristo milita en contra de males tales como el divorcio, el anti-espiritual control natal y la inseminación artificial, que tienden a destruir la institución de la familia, que Cristo vino a restaurar a su plenitud en el plan de Dios. Y en las relaciones sociales de la vida también el reino es reconocido de manera que la lucha de clases del comunismo y el colectivismo que atenta contra la condición de ser persona en el socialismo, son vistos como una destrucción del hombre como criatura de Dios en la sociedad. Pero el Cristiano se da cuenta que no puede hacer perfecto al mundo aquí y ahora. Él no está cegado por el utopismo, sino que busca hacer que todas las cosas estén sujetas al reinado de Cristo, dándose cuenta muy bien que el reino de paz y justicia no puede ser establecido en este mundo de pecado. El Cristiano no espera edificar un mundo perfecto por medio de su cultura; no es un optimista cultural, sino un realista viviendo en el mundo por fe. Esto le guarda del pesimismo puesto que está anticipando el día glorioso cuando la criatura será liberada de la esclavitud de esta corrupción, cuando todas las cosas serán renovadas y el tabernáculo de Dios estará entre los hombres. Por tanto permanece leal y constante, en tanto que sabe que su obra en el Señor no es en vano (I Cor. 15:58). Esta fe gloriosa se basa en la confesión del reinado de Cristo, ¡a quien el Padre ha dado todo poder en los cielos y en la tierra!